Ariel Idez

ELOGIO DE LA PÉRDIDA

y otras presentaciones

INTERZONA

Ariel Idez

ELOGIO DE LA PÉRDIDA

Y otras presentaciones

INTERZONA

INTERZONA

Idez, Ariel Darío
Elogio de la pérdida y otras presentaciones / Ariel Darío Idez. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2016.
128 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-3874-33-8

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa. 3. Libros. I. Título.
CDD A863

© Ariel Idez, 2016

© interZona editora, 2016
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición de interior: Brenda Wainer
Composición de tapa: Victoria Villalba
Foto de tapa: Shutterstock
Corrección: Vera Senderowicz

ISBN 978-987-3874-33-8

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para Verónica Treuer.

Presentación

Me pasé mucho tiempo pensando quién debería presentar este libro hasta que llegué a una conclusión inapelable.

Tenía que presentarlo yo mismo.

Sí, ya sé que, tal como me dijo una vez un editor amigo "el que canta no baila" y no debería ser el autor quien presente su propio libro. Esa, de hecho, es una de las reglas de las presentaciones que me dispongo a violar: el autor solicita a otra persona que por diversos motivos considera idónea que le presente su libro. Como a ustedes esto puede parecerles un poco raro, voy a tomarme el trabajo de exponer las razones que me llevaron a tomar esta decisión. La primera opción, la más obvia, habría consistido en pedirle a cualquiera de los autores cuyos libros he tenido el gusto de presentar que hicieran lo propio por el mío. Como reza el dicho: "ayer por ti, hoy por mí". Pero, ustedes verán, el campo literario está abonado de vanidades, por lo que otros autores amigos seguro pensarían "¿Por qué lo eligió a él y no a mí?" y por cierto que tendrían razón, ya que no tengo ningún argumento válido para elegir a cualquiera de ellos por encima de los demás. Un remedio posible a esta contrariedad habría sido convocarlos a todos a que presentaran el libro, pero habría subido tanta gente a este escenario que mejor habría sido pedirles que cantaran a coro una canción (admito que lo pensé, pero lo descarté en el acto). Otra opción posible era hacer todo lo contrario: solicitarle a algún entendido en la materia que me hiciera el honor de presentar el libro. Quiero decir, desde que la literatura se convirtió en una rama de las relaciones públicas las

presentaciones son rituales obligados y la multiplicación casi milagrosa de las editoriales y los libros ha abierto un campo y forjado un oficio, el de presentador, cuya oferta es limitada y su demanda, casi infinita. Podría, por ende, haber convocado a alguno de estos congéneres, pero hete aquí que esto también podría traer aparejados sus contratiempos. Me detengo aquí en otra ley de las presentaciones: como dijo alguna vez otro célebre colega: "La presentación es un género encomiástico". Ningún autor en su sano juicio le pide a alguien que presente su libro para que lo evalúe, lo examine, lo estudie, lo juzgue y expida un veredicto crítico sobre el texto. Le pide que presente su libro para que lo alabe, lo avale, exalte sus virtudes, disimule sus defectos, lo pondere, lo ponga en un pedestal y despierte en los asistentes el irresistible deseo de adquirirlo e, incluso, leerlo. El autor del libro se entrega junto con su ejemplar al presentador, pero no de cualquier manera sino bajo el contrato tácito de que este cumplirá con algunas de las condiciones enunciadas y, de ser posible, con todas ellas. Ningún adulto en su sano juicio cree en las cosas que se dicen en una presentación, caso contrario estaríamos diez veces al año ante el mejor libro de los últimos diez años, veinte veces frente al autor más importante de su generación, treinta ante el libro más importante del año, cuarenta frente al más original y podría seguir así toda la noche. Por eso yo nunca acepté presentar un libro sin haberlo leído antes y haber constatado que me gustaba. Presentar un libro que no le gusta pone al presentador ante la disyuntiva de cometer un acto de mala fe o un presenticidio y ninguna de esas dos opciones son de mi agrado; en ese caso prefiero declinar la invitación. Pero no todos piensan igual. Hay presentadores taimados que aprovechan estos eventos festivos para llevar agua hacia su molino. Sus maniobras son muchas y pueden ser muy sutiles, como observar, al pasar, un defecto del libro (todos, hasta los mejores, los tienen) sobre el que, si se hiciera suficiente presión, se podría provocar el derrumbe de todos los cimientos que lo soportan. O, al contrario, ponderar esa

falla en la estructura como si fuese un acierto (el famoso "elogio borgiano" pulido hasta la perfección por nuestro maestro en el arte de injuriar). O también, ante la presentación de dos libros simultáneamente ponderar hasta la extenuación a uno de ellos y elogiar prudentemente al otro que, sin que se le haya dirigido una palabra en contra, queda evidentemente menospreciado. En fin, la gama de tretas, trucos y artimañas es casi ilimitada. Entonces, ¿A ustedes les parecería bien que yo le pidiera a algunos de estos "especialistas" profesionales de la presentación que le dieran la bienvenida en sociedad a un libro que recopila presentaciones de libros, un libro que, tal vez, quizás, acaso muy posiblemente haya pasado por su cabeza compilar y publicar, y por pereza, dificultad o atención a otros proyectos no hayan concretado? ¿Qué podría hacer si los pescara poniendo en práctica una de sus arteras mañas de lectura maliciosa? ¿Sonreír como un imbécil y mover la cabeza con gesto de aprobación? ¿Tomar el micrófono para defender mi propio libro el día de su presentación? En fin, todos estos motivos me llevaron a concluir que lo que yo quería era que mi libro lo presentara una persona como yo y la única persona como yo que conozco soy yo. Después de todo, ¿no escribió Borges acaso su "prólogo de prólogos"? De todas formas, para no abusar de arrogante y evitar la autoponderación no voy a hablar del libro, sino del género que lo cobija: el de las presentaciones literarias.

El primer libro que presenté fue una novela de un escritor muy conocido que publicó un editor amigo. El autor ya tenía toda una trayectoria y no quería importunar a sus amigos y colegas pidiéndoles que le presentaran el libro. El editor contaba con poco tiempo para resolver la cuestión (faltaba poco más de una semana para la fecha del evento) y me preguntó si me animaba a presentarlo. Yo era por entonces un completo desconocido (tal como lo seguiría siendo ahora de no ser por este género encomiástico) y no podía creer el ofrecimiento. Sentí que tocaba el cielo con las manos. Leí y releí la novela y preparé un texto de cinco páginas de las que

terminé leyendo solo una porque en ese momento, sentado a la mesa de una coqueta librería de Palermo con una módica multitud como auditorio tuve una repentina iluminación y comprendí otra de las leyes de las presentaciones: "habrás de ser breve". Las presentaciones están conformadas por tres actores con tres objetivos distintos, aunque complementarios: a) el autor, quien espera que se hablen maravillas de su libro con elogios desmesurados e hiperbólicos que él se esforzará en desmentir o moderar, b) el editor, quien espera vender la mayor cantidad de ejemplares posible y c) el público, que espera que todo se termine cuanto antes para saludar al autor como si fuera la novia en el altar, tomarse unos vinos y tal vez adquirir el libro. El presentador tiene que ingeniárselas para satisfacer todas estas demandas al mismo tiempo en un juego de equilibrios inestables en el que la brevedad y su hermana, la precisión, son valores inestimables.

Tras ese debut en las grandes ligas descendí rápidamente de categoría. Como todos ustedes sabrán, Buenos Aires rebalsa de editoriales independientes, cada una con sus nuevos títulos. Así fue que me hice desde abajo, presentando libros, muchos libros hasta adquirir, como se dice, el oficio. En mis mejores tiempos llegué a presentar un libro por semana; semejante frenesí me permitió ensayar las variantes más extrañas y tantear los límites del género. Canté y bailé, elaboré teorías pseudoposestructuralistas para presentar libros de poesía y leí poemas para presentar ensayos sociológicos. Creo que en algún momento, lo confieso, me harté y traté de hacer papelones o grandes ridículos que dieran con mi reputación por el piso pero era como la estrategia trotskista del "cuanto peor, mejor": al final todos me felicitaban por la osadía, la originalidad, lo inesperado, etcétera; el autor estaba satisfecho, el editor feliz, y el público, contento, adquiría su ejemplar.

Así que al final me enojé, me peleé con mi "don" porque, pensaba, "a fin de cuentas, ¿de qué sirve haber nacido dotado de la facultad para presentar libros ajenos, cuándo uno no es capaz de

escribir los propios? De modo que dejé de presentar libros de otros con el propósito de escribir los míos. Supuse que si me resultaba tan fácil sentarme a escribir presentaciones no podría haber mucha diferencia en hacer lo propio para componer cuentos, novelas o cualquier otra cosa y que si no lo había hecho antes era, justamente, porque empleaba todo mi tiempo libre en las presentaciones de libros. De un día para el otro rechacé todos los ofrecimientos que me llegaban alegando que tenía otros compromisos que me urgía cumplir (no quise anunciar que me dedicaría a escribir otra cosa para no generar ningún tipo de expectativa) y aproveché para avisar que suspendía toda presentación hasta nuevo aviso. Este es otro de los aspectos positivos de las presentaciones: como en general no es un trabajo remunerado, se lo puede interrumpir y retomar a gusto. Esto lleva a preguntarse por qué entonces la gente acepta presentar libros. La mayoría lo hace por amistad y cariño hacia el autor, otras veces por afinidad con la materia de la que trata el libro y en otros casos por conveniencia; para quedar bien con el escritor o, más probablemente, con el editor. Esta es una razón de peso que mueve parte del mundo de las presentaciones: la de adquirir y acumular capital simbólico, y era otro de los motivos que me empujaban a escribir: aún con un libro mediocre o directamente malo podía contar con los dedos de dos manos a los editores que, por la cantidad de libros que les había presentado, se verían agradecidos por poder retribuir tanta generosidad publicándolo. Pero el hecho es que no tenía nada, salvo las presentaciones que se acumulaban en forma de incontables archivos en una carpeta de mi computadora. Fueron meses bastante tristes. Primero intenté con cuentos, pero no pasaba nada. Apenas puestos a andar, los personajes se echaban a dormir y perdían todo impulso cuando no era yo el que se echaba en el sillón a ver la tele, donde pasaban cosas mucho más interesantes que en esa página en blanco. Decidí entonces saltearme la etapa "formativa" de los cuentos e ir directamente a la novela consagratoria, con resultados iguales o peores. Ni siquiera

intenté con la poesía; finalmente me rendí al ensayo, género en el que pensé que, por su cercanía con la presentación, no podía fallar. Pero sí, también fallé. Me pasaba lo mismo que con el cuento o la novela: a poco de comenzar me desinflaba y perdía el interés por lo que estaba haciendo. Entonces comprendí qué era lo que me faltaba: me faltaba el vértigo de la fecha aproximándose, me faltaba intuir las risas del público mientras escribía un pasaje o la indignación fingida del autor ante alguna revelación de su intimidad, me faltaba, en fin, el riesgo del vivo y en directo, la emoción del instante, me faltaba dar las gracias y escuchar el aplauso que cierra el texto como una cascada de puntos finales. Ya estaba condenado: me había convertido en un adicto a las presentaciones y ese era el problema. Me abismaba pensar en el plazo que se extendería –como un páramo– entre la escritura de esos textos y su definitiva publicación. Nada que ver con esos textos breves y potentes, escritos al calor de la urgencia que nacían, como un coleóptero, para vivir un día de esplendor y después desaparecer consumidos en las llamas de la utilidad.

De modo que llamé a todos mis contactos y les avisé que ya estaba de vuelta, sediento de sangre: ¡presentaciones vengan a mí!

En fin, como cualquier hijo de vecino yo también tuve que atravesar mi crisis para aceptarme a mí mismo: soy la cabeza del ratón en la madriguera de las presentaciones. Esto es lo que mejor sé hacer; mi humilde pero digno y honrado *métier.*

Pasó el tiempo y las presentaciones siguieron acumulándose y uno de esos editores que contaba con los dedos de la mano, no sé si el índice o el mayor, me propuso publicar esos textos que ya abarrotaban la carpeta de la PC.

Para concluir, va otra regla de las presentaciones, la más obvia de todas: hay que hablar del libro. Sin espoilear, por supuesto, hay que contar de qué se trata, cómo surgió, de qué materiales está hecho. Este libro que estoy presentando ahora no es, ni mucho menos, una recopilación de mis presentaciones completas. Se trata,

más bien, de una antología, si se me permite la palabra. Yo, como todo el mundo, hago lo mismo una y otra vez, de modo que hemos intentado con el editor reunir diversos tipos o modelos de presentaciones de los que hemos extraído sus mejores exponentes: presentaciones cortas y potentes, presentaciones largas y digresivas, presentaciones chistosas, presentaciones benévolas y presentaciones agresivas, presentaciones íntimas y presentaciones públicas, en fin: presentaciones.

Ese fue uno de los criterios de selección; el otro consistió en los libros a los que les di la bienvenida en sociedad. Parafraseando al maestro puedo decir que me siento mucho menos orgulloso de las presentaciones que escribí que de los libros que me tocó presentar. Afortunadamente suele suceder que cuanto más me gusta el libro mejor me sale la presentación, por lo que estos dos ejes, lejos de contradecirse, se complementan.

Última ley de las presentaciones: la de los agradecimientos. Las presentaciones parecen estar regidas por aquel tema de Spinetta: "Dale gracias". Así que voy a darle las gracias al editor (siempre hay que empezar por agradecerle al editor) sin el cual este libro, etcétera. Le doy las gracias a los autores y editores que confiaron en mí para que les presentara sus libros. Como ya dije, esto es lo que mejor hago (y casi siempre, gratis) pero no podría haberlo hecho sin ellos y *last but not least*, les doy las gracias a ustedes, querido público y ojalá lectores.

Gracias, gracias, gracias.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?
Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA